

Elena Devesa y Rebeca Gómez



Weloversize

Disfruta lo que tienes mientras trabajas por lo que quieres

Índice

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[1. En busca de la autoestima perdida](#)

[2. La belleza no es lo que nos dijeron](#)

[3. Moda *plus size*](#)

[4. Sexo y amor](#)

[5. Vida sana](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)

*Amarse a uno mismo
es el inicio de un romance
que dura toda la vida.*

Oscar Wilde

INTRODUCCIÓN

ASÍ EMPEZÓ TODO

Para algunos el 2012 pasará a la historia como el año del «Gangnam Style», pero para nosotras fue el inicio de nuestro sueño.

Rebeca trabajaba en la gestoría como contable y estaba a punto de empezar su segundo máster de grafoanalista forense. Vivía alejada de Barcelona y el bullicio, realizando trabajos como maquilladora en videoclips y sesiones fotográficas.

Por lo que a mí respecta, después de unos años dedicada al mundo de la música y tras especializarme en *marketing* y comunicación en medios *online*, mi carrera como periodista empezaba a despegar en la capital, donde ejercía como directora de contenidos en una popular guía de ocio.

Tumblr empezaba a petarlo y cientos de norteamericanas se atrevían por primera vez a mostrar sus lorzás *online*. Algunas por puro exhibicionismo, otras como reivindicación, y unas cuantas, nuestras favoritas, porque querían demostrarle al mundo que la moda no se acaba en la talla 42. Delante de la pantalla del ordenador, ojipláticas, disfrutábamos de esta nueva tendencia que parecía empezar a calar hondo en Estados Unidos y con la que nos sentíamos totalmente identificadas. Era inevitable —y tan solo cuestión de tiempo— que nos entrase el gusanillo de introducirla en España.

Tantos años de currárselo para poder vestir a la moda, trucos para modernizar prendas de tallas grandes, investigación *online* y llantos en los probadores tendrían su fruto

en los que fueron nuestros primeros hijos virtuales: «Dress-tidos» y «Let me eat cookies». Blogs *amateurs* de estructura sencilla con el objetivo de dar visibilidad al mundo *plus size* y demostrar que en España también había gordas molonas. No teníamos tantas tiendas de tallas grandes ni tantos recursos como nuestras colegas *yankees*, pero nos sobraba imaginación.

Los inicios no fueron fáciles. Nuestro estilo, quizás demasiado «moderno» para lo que se llevaba en España por aquel entonces, no acababa de encajar; de modo que la mayoría de nuestros seguidores eran extranjeros. ¿Acaso nuestro país no estaba preparado para la revolución XL? ¿Por qué las gordas *made in Spain* se seguían empeñando en vestir todas iguales para no llamar la atención?

Yo, Elena, alentada por mi novio de entonces, seguí dedicando mi tiempo a Dress-tidos a pesar de sentirme sola y hasta cierto punto incomprendida. Estaba apuntito de tirar la toalla ante el escaso *feedback* patrio cuando la vi a ella, Rebeca, tan guapa, con sus tatuajes de macarra, su maquillaje asquerosamente perfecto y su ropa *cuquis*.

Recuerdo perfectamente las tres cosas que se me vinieron a la cabeza cuando la descubrí: 1. No estoy sola; 2. ¿De dónde saca esa ropa tan mona?; 3. Quiero ser su amiga.

Amor virtual a primera vista, flechazo amistoso, media naranja bloguera, llámalo como quieras. Empecé a seguirla con la esperanza de que la admiración fuera mutua y le dejé un comentario que, sin ánimo de parecer pretenciosa, cambió nuestras vidas para siempre.

No podemos explicar bien con palabras la sensación de saber que has dado con alguien especial. Una persona que lleva casi 30 años viviendo una vida paralela a la tuya, solo que en otra ciudad y con otra gente. Esto es lo que nos pasó a nosotras, como en las películas moñas que tanto nos gustan, el flechazo amistoso fue mutuo y pronto empezamos a hablar cada día, a intercambiar confidencias y a darnos cuenta de lo importante que es tener en tu entorno una persona que haya tenido vivencias similares a las tuyas.

Nadie mejor que una gorda para entender los problemas de otra. Más claro agua.

Tras varios meses de *ciberamistad* (soy consciente de lo «Diario de Patricia» que suena todo esto), fue Rebeca quien dio el paso que ambas llevábamos planteándonos y pronunció las palabras mágicas: «¿Y si...?».

¿Y si cerramos nuestros blogs y creamos algo nuevo? ¿Y si toda esta energía se traduce en un solo proyecto? ¿Y si solas no podíamos, pero juntas somos capaces de trazar algo grande? ¿Y si ha llegado el momento de darle a las tallas grandes el espacio que realmente se merecen en España?

¡Ay, qué importantes son los «Y si...»! Plantearlos en alto y sobre todo, ejecutarlos. Y como a nosotras no nos va mucho eso de la paciencia y las dudas, nos faltó tiempo para comprar un billete de AVE y vernos, esta vez sí frente a frente, en febrero de 2013.

Fui a buscarla a Nuevos Ministerios con mis mejores galas y el *eyeliner* torcido. Ella todavía no me había enseñado a hacérmelo como una auténtica diva. ¿Suena muy *boller* si os digo que las dos estábamos nerviosas y locas por vernos? Pues que suene, porque así era. Nos abrazamos tan fuerte que cualquiera diría que Paco Lobatón acababa de juntar a dos hermanas tras 25 años sin verse. Y en realidad, algo así era. Dos hermanas que no tenían la misma sangre, pero con tantas cosas en común que daba miedo. Aquel fin de semana sentó las bases de nuestra amistad y puso los cimientos de un proyecto que siempre supimos que podía ser grande, pero del que a día de hoy todavía nos sorprenden sus dimensiones.

«WeLoversize», así decidimos llamarlo. Salimos *online* al poco tiempo con la intención de ser las primeras en llamar a las cosas por su nombre y, sobre todo, de poder echar una mano a todas esas chicas que por su talla lo habían tenido siempre complicado a la hora de vestir a la moda. Siempre quisimos ir un paso más allá de lo que ya existía en Internet por aquel entonces y, además de mostrar nuestros propios *outfits*, empezamos a publicar *posts* específi-

cos que aportaban soluciones sencillas a dramas que una chica grande tiene a diario. La baza de la naturalidad jugó a nuestro favor desde el principio. Por supuesto nuestras fotos estaban curradas y tenían apariencia profesional, pero los textos desprendían algo que enganchó al público desde el primer momento. Parecía que lo de unir fuerzas estaba funcionando y en cuestión de meses WeLoversize fue considerado por la prensa como un imprescindible de la moda XL.

Todo iba genial, compatibilizábamos nuestros trabajos oficiales con el blog al que dedicábamos los ratos libres, y la audiencia seguía subiendo poco a poco. Sin embargo, tanto para Rebeca como para mí había algo que no acababa de cuajar. De nada servía decir dónde nos habíamos comprado las prendas si después recibíamos mensajes del tipo: «Me encanta cómo te queda, pero yo no me atrevería a ponérmelo». Había llegado el momento de crecer y, si queríamos transmitir todo nuestro potencial, WeLoversize tenía que dejar de ser cosa de dos. De modo que lo convertimos poco a poco en una comunidad y abrimos la puerta a nuevos colaboradores. Aumentamos las categorías y la autoestima se convirtió en el eje central del proyecto. Ahora ya no solo te decimos cómo mejorar tu armario, sino que también te damos las claves para llevar ese vestido de volantes con la cabeza bien alta.

Nos gusta pensar que WeLoversize fue transformándose con el tiempo en todo lo que a nosotras nos gustaría haber leído cuando éramos más jóvenes, pero que nadie se atrevió a contarnos. Esa sinceridad a la hora de tratar el sexo, los tabúes y el sobrepeso como algo normal se tradujo en virales masivos que nos dieron a conocer a gran escala en muy pocos meses. Con la positividad en una mano y la ironía en la otra, empezamos a llegar a los rincones más insospechados y a los lectores más reacios. WeLoversize ya no era solo un blog de moda para tallas grandes. Ahora la gente empezaba a decir: «Ojo con esas gordis que están empezando a cambiar las cosas». ¡Cambiar las cosas! ¡¿Nosotras?! ¡Así es!

Cuando superamos el millón de visitas mensuales, la cosa se puso seria. Nuestros ratitos de ocio ya no bastaban para mantener una web que exigía horas y horas de trabajo. Era obvio que había que dar el siguiente paso, pero no nos atrevíamos a dar el salto al vacío. Por aquel entonces yo dirigía una guía de ocio *online* y mi jefe, al tanto del éxito de WeLoversize, no tardó en darse cuenta de que mi cabeza ya estaba en otro sitio. Lejos de cabrearse, su estrategia pasó por ofrecerse como socio capitalista para convertir un blog *amateur* con muchas visitas en una empresa solvente. De modo que dejé mi trabajo para dedicarle todo mi tiempo y energía a mi hijo favorito. Y en esas nos encontramos actualmente. Rebeca, por su parte, trabaja en una gestoría como contable mientras espera el salto mortal que le permita subirse al carro conmigo y dedicarse *full time* a nuestro retoño. Tenemos la suerte de que nuestro pequeño no solo crece, sino que encima nos reporta las mayores alegrías que alguien pueda tener. Estar escribiendo este libro es una de ellas, pero, sin duda, lo que nos hace dormir mejor por la noche son los cientos de *emails* que recibimos cada semana en los que nos agradecéis lo mucho que WeLoversize ha mejorado vuestras vidas. Ahora ya no es solo un refugio para chicas de talla grande que no encuentran su lugar, sino para todas aquellas mujeres (y cada vez más hombres) que alguna vez se han sentido acomplejados o inferiores, para todas las personas ansiosas por convertir antiguos complejos en nuevas fórmulas para reírse de sí mismos. WeLoversize es ya para todos, y solo por eso esta aventura ya ha merecido la pena... ¡y lo que nos queda!

DE CÓMO WELOVERSIZE NOS CAMBIÓ LA VIDA

Aunque a veces nos las demos de chulitas y a través de las redes sociales transmitamos imagen de perdonavidas, lo cierto es que nosotras, las fundadoras de WeLoversize, somos más bien tímidas y queremos pensar que muy humildes. Los días que no estamos luchando contra la injusticia

vestidas de superheroínas, nos gusta pasarlos en horizontal sin relacionarnos demasiado con otros seres humanos y evitando aglomeraciones, especialmente si tienen que ver con el mundo de la moda. Los saraos de *postureo* no están hechos para las *Loversizers*. De ahí que, cuando comenzamos a recibir mensajes sobre la repercusión que estaban teniendo nuestros textos en la vida de las lectoras, no acabáramos de creérnoslo: «Desde que os leo mi autoestima mejora por momentos y me atrevo a ponerme ropa que antes no salía de mi armario»; «Gracias a *WeLoversize* conseguí reunir el valor suficiente para declararme al chico que me gustaba y que jamás pensé que me correspondería por ser gordita. Ahora llevamos dos meses juntos y no sé cómo agradeceros el trabajo que hacéis»; «El día que os encontré dejé de sentirme sola. Entendí que no soy la única a la que le daba pánico ir a la playa en bañador, pero que era una soberana tontería seguir sufriendo por ello. Hoy estreno bikini y es todo gracias a vosotras».

A base de recibir decenas de comentarios a la semana, empezamos a ser conscientes de lo importante que era nuestro trabajo y de la responsabilidad que adquirimos cuando nos erigimos líderes de esta especie de revolución. Nos convertimos en el espejo sobre el que se reflejan las vidas de miles de niñas, y no os podéis imaginar el vértigo que da en ocasiones saber que tus palabras, a veces torpes, entran en las cabezas de tantas personas.

Un gran poder conlleva una gran responsabilidad, así que *WeLoversize* nos obliga a estar alerta y esforzarnos por ser un buen ejemplo. Currar en la web se convierte en una especie de terapia que nos recuerda en dosis diarias que el camino hacia una autoestima sana y una vida feliz es no dejar jamás de esforzarte. Aunque todos tengamos días grises de esos en los que un comentario fuera de tono o un insulto desde un coche nos amarga la existencia, lo realmente importante es recomponerse lo antes posible y echarle huevos a la vida cada mañana. *WeLoversize* es vuestra terapia y, por consiguiente, también la nuestra.

1

En busca de la autoestima perdida

SALIR DE LA «ZONA DE CONFORT»

Vaya por delante que ni Rebeca ni yo, ni ninguna de las chicas que exponen en cierta manera sus vidas en WeLoversize, somos ejemplo de nada. Luchamos como cualquiera para salir a la calle cada día con la cabeza bien alta, pero hay ocasiones en las que es sencillamente imposible hacerlo. Todos los que hemos tenido sobrepeso desde niños hemos sufrido de una manera u otra. Algunos directamente por cuestiones de salud, otros porque llevan toda la vida escuchando cómo la sociedad los quiere diferentes y los obliga a cambiar para encajar. Ese sufrimiento, mayor o menor según el caso y la persona, suele construir casi sin darnos cuenta un caparazón que nos aísla de la realidad y nos mantiene estables dentro de nuestro mundo. Te haces mayor y encuentras tu pequeño rincón en el que puedes ser tú mismo sin enfrentarte directamente a las opiniones de los demás. Quizás eso implique salir menos de fiesta, o relacionarte poco, puede que incluso limite tu vida sentimental, pero no importa porque tú te sientes protegido y tranquilo. No disfrutas al máximo, pero tampoco sufres. Es como estar en un salón muy acogedor. Estás en tu «zona de confort».

Yo misma pasé varios años en mi rinconcito particular. Fue durante la época universitaria, y aunque nunca dejé de hacer mi vida y crecer profesionalmente, sí permití que me pasaran cientos de oportunidades por delante por miedo a

ser juzgada, por pánico a no estar a la altura. Me hice con un buen puñado de amigos cercanos, evité cualquier contacto sentimental durante años y, lo que es peor, me obligué a mí misma a pensar que así estaba mucho mejor.

Nadie me había explicado nunca lo peligrosa que es esa zona y lo difícil que es ver las cosas con claridad cuando estás instalado en ella. Se trata de una especie de burbuja en la que tú crees que eres feliz, pero por las noches, después de haberte refugiado en comida basura y de haber preferido quedarte en casa a salir con tus amigos por miedo a que alguien te insulte, tu cabeza prefiere dar vueltas antes que dormir. Te planteas cómo sería tu vida si te atrevieses de una vez por todas a coger el toro por los cuernos y enfrentar todas aquellas cosas que te dan miedo; si en vez de hacerte la fuerte delante de tus amigos, les dijeras lo que sientes de verdad y les pidieras ayuda para encontrar tu lugar. Fantaseas con la idea de vestir como siempre has querido y de tontear con chicos como hacen las otras; con dejar de ser la eterna mejor amiga y pasar a ser *algo más*.

Hace unos siete años decidí que mis ganas de aventura debían comerse mi zona de confort con patatas, y así fue. Empecé a tomar las riendas de mi vida y a sentir que era yo la única que tenía el control. Cuando estás orgullosa de ti misma y de lo que estás consiguiendo, te da exactamente igual lo que opinen los demás. De modo que cambié de hábitos, de rutina, incluso abandoné algunas compañías que resultaron no hacerme tanto bien como yo pensaba. Empecé a llamar a las cosas por su nombre y me prometí a mí misma que el peso nunca volvería a limitarme como persona. Estar más o menos gorda no podía impedir que alcanzara mis sueños. Rompí con las viejas costumbres que me obligaban a esconderme y empecé a dejarme ver. Perdí el miedo al ridículo, que tantos años me acompañó, y asumí que nadie aprende sin equivocarse primero. Salí al mundo con todo lo que eso conlleva y fue entonces, solo entonces, cuando entendí que las cosas buenas le ocurren al que arriesga y no al que espera sentado mientras ve su vida pasar.

Esa fue la primera vez que decidí abandonar mi rincón de comodidad y, desde entonces, no he dejado de hacerlo. Si se te plantean retos nuevos y el miedo vuelve, así como las ganas de hacerte un ovillo y volver rodando cual albóndiga a un salón calentito con una gran chimenea, hay que reaccionar. La comodidad llamará a nuestra puerta una y otra vez a lo largo de nuestras vidas, y cerrársela en las narices será nuestro trabajo desde hoy en adelante.

Siete años después sé que estoy en el camino correcto y me parece increíble poder ayudar a otras personas que todavía se encuentran en su esquinita particular, dentro del caparazón. WeLoversize es una herramienta que proporciona a mucha gente el impulso necesario para empezar ese cambio que supone salir al mundo real y empezar a valorarse como merecen.

Y por eso, cuando a Rebeca y a mí nos entra miedo a la exposición pública, a no poder gestionar la opinión que los demás tienen sobre nosotras, o a lidiar con *trolls*, nos acordamos de todas esas personitas que aseguran que sus vidas son un poco mejores desde que existimos. Eso nos da fuerzas para no recaer, para no temer ser juzgadas y para seguir arriesgando en cada artículo sin miedo al qué dirán. La filosofía WLS no llegará correctamente a toda esa gente si nosotras mismas no nos la aplicamos. No lo olvides nunca, la magia *empieza* al final de tu zona de confort.

LAS COSAS POR SU NOMBRE

¿Por qué lo llamas «curvy» cuando quieres decir «gorda»?

Cuando nos metimos en serio en el mundo de las blogueras de talla grande, nos dimos cuenta enseguida del pánico general a la palabra «gorda». El concepto *curvy* llegó de Estados Unidos y se extendió como la pólvora, recogiendo bajo su paraguas a chicas de todo tipo, pero, sobre todo, a gordas. Quede claro que aquí cada uno puede llamarse como quiera, sin embargo, es obvio que la palabra

curvy es un disfraz, una forma de suavizar un término que no tendríamos por qué suavizar. La palabra «GORDA» no es un insulto, es un adjetivo descriptivo como puede ser «alta», «baja», «rubia» o «delgada». El problema es que la hemos escuchado a lo largo de nuestras vidas tantas veces con desprecio que nuestro cerebro la cataloga automáticamente como algo terrible. Seguro que alguna vez alguien os lo ha dicho sin ninguna intención de ofender y, sin embargo, en vuestra cabeza resuena un «gooooooooooooorda» interminable. Así, con muchas oes, para enfatizar el asco del emisor. Automáticamente los destinatarios nos sentimos ofendidos y dolidos, porque claro, nadie quiere identificarse con una palabra tan estigmatizada. Por eso cuando alguien viene y nos dice que es *curvy* nos parece maravilloso, aunque en el fondo sepamos que es un poco mentirijilla. Curvas tiene Kim Kardashian, nosotras más bien tenemos montañas.

En nuestra opinión, las gordas nos hacemos un flaco favor utilizando eufemismos como este a la hora de definirnos si lo que queremos es, precisamente, que la situación de las personas con sobrepeso se normalice. De modo que, tanto Rebeca como yo, tenemos que reconocer que es una palabra que no nos gusta, aunque nosotras mismas la usemos de vez en cuando (para tener más alternativas y no repetir los mismos términos constantemente).

El primer paso para quererte de verdad, es asumir lo que eres. Solo así serás capaz de defenderlo con orgullo. Cuando dejamos de agachar la cabeza por lo que somos, el resto deja de utilizarlo en nuestra contra como un insulto. El día que te describas a ti misma como «gorda», sin que ello implique nada negativo, habrás desarmado al enemigo.

La mentira de la «belleza real»

Todo empezó hace unos años cuando una popular marca de cosmética pegó el chupinazo usando en sus campañas a mujeres que se alejaban físicamente de las típicas *top model*.

El concepto inicial —y lo que supuestamente pretendían— era dar visibilidad a tipos de cuerpo comunes en nuestras calles, y no solo a aquellos que se ven desfilando en las pasarelas. El problema es que, con el paso de los años, lo de la «belleza real» se nos ha ido de las manos y se ha convertido en una opción estupenda para que decenas de marcas se suban al carro sin tener ni idea del daño que pueden hacer.

Asegurar que existe la «belleza real» es lo mismo que afirmar que también hay una «belleza de mentira», pero para afianzar nuestra autoestima, por mucho que a veces nos joda asumir que Adriana Lima es de carne y hueso, es fundamental que aceptemos que ella y otras tantas sílfides también ocupan su espacio en el planeta Tierra y son «reales».

El colmo llegó hace poco cuando una conocida marca de lencería española se quiso apuntar a la moda de la naturalidad y lanzó una colección que animaba a las usuarias a que se quieran tal y como son. Pues bien, tú puedes quererte mucho, pero, ojo, no uses más de una copa C porque entonces no podrás ponerte los sujetadores de esta marca ni de sombrero. Todo esto teniendo en cuenta que las tallas más frecuentes en España son la 85E y 95F. Pero tú quiérete, ¿eh? Quiérete tanto como una de las protagonistas de dicha campaña, una actriz que como no estaba a gusto con su cuerpo se lo ha operado entero y ahora nos anima a todas a aceptarnos tal y como nos han parido. Tiene guasa la cosa.

Por si fuera poco, muchas de estas campañas que defienden fervientemente la naturalidad de la mujer van bien cargadas de Photoshop. ¿En qué quedamos? ¿Resulta ahora que las mujeres pueden tener unos kilos de más, pero siempre y cuando tengan la piel más tersa que el culito de un bebé? Es frecuente ver las imágenes de modelos *plus size* como Tess Munster *photoshopeadas* hasta la extenuación. Una mujer que debe de rondar los 140 kg sin una sola imperfección en la piel. Si eso no es «belleza IRREAL» no sé

de qué estamos hablando. Tanto da 40 kg que 140 kg si sigue representando algo inalcanzable.

Es como aquello de «las mujeres de verdad tienen curvas». Pues mira, no, perdona. Las mujeres de verdad lo que tienen son estrías, celulitis, pelos enquistados y personalidad para ser lo que les de la gana. Algunas tienen curvas, otras no, y endiosar solo a las que las tienen no es más que seguir fomentando una belleza al margen de la realidad.

No pequemos de hacer precisamente lo que no queremos que nos hagan a nosotros. Aunque ahora parece que las chicas XL empiezan a estar mejor aceptadas en los medios de comunicación, esto no tiene que convertirse en una guerra de tallas en la que ahora a las delgadas les toque llevarse la peor parte. No se trata de crear bandos y enfrentarnos unas contra otras —que parece que es lo que algunas marcas quieren—, sino de incluir variedad de tallas y razas, así como de asumir que todas somos *reales* y, por lo tanto, *imperfectas*.

El boom de las «gordibuenas»

Os vamos a contar un secreto. Cuando decidimos hablar sobre *gordibuenas* en WeLoversize, fue un poco de relleno. Nos hacía gracia la palabreja y sabíamos que en Latinoamérica comenzaba a popularizarse. En aquel momento íbamos regular de contenido, así que le pedimos directamente a una de nuestras colaboradoras que escribiese algo al respecto. La encargada fue Beatriz Romero (nuestra Betty), que aceptó inocentemente nuestra petición sin saber en el sarao en el que desembocaría. Su artículo «Cinco rasgos característicos de las *gordibuenas*» se convirtió en el primer gran viral de WeLoversize, y suma hasta la fecha más de 250.000 «me gusta» en Facebook. Nos llamaron de radios y televisiones, y la gente comenzó a asociar nuestro proyecto con esa llamativa palabra que suscita tantos amores como odios. Porque... ¿qué pensasteis vosotros cuando escuchasteis por primera vez «gordibuenas»?

Para nosotras estaba claro pero se ve que para otras personas no tanto. El sobrepeso siempre suele ir asociado